

El Futuro**¿Qué Hacer con los Sindicatos?**

POR LORENZO MEYER

NO hay duda que uno de los grandes logros de la Revolución Mexicana fue dotar al régimen que sustituyó al porfirista de una base política masiva mediante la incorporación al partido oficial de las organizaciones campesinas y de los sindicatos de obreros y empleados. El precio de esta alianza fue pagado por enemigos del régimen: los hacendados —que desaparecieron— y las grandes empresas industriales —cuna de los grandes sindicatos— muchas de ellas extranjeras, y que por una vía u otra terminarían por ser nacionalizadas, incluso mediante la expropiación: las ferrocarrileras, petroleras, eléctricas, tranviarias, mineras y telefónicas.

Cuando Cárdenas dio forma a esta estructura de masas sobre la que quedó montado el nuevo régimen, lo hizo asegurándose de que la liga entre el gobierno, por un lado, y los ejidatarios y sindicatos por otro, no fuera de igual a igual, sino de superior a subordinado. Este carácter de la relación, como todos sabemos, subsiste hasta el día de hoy.

★

BAJO Cárdenas y por un buen tiempo, las organizaciones campesinas fueron la roca sobre la cual el régimen asentó su estabilidad y construyó su modelo económico de industrialización a base de sustituir importaciones. Sin embargo, el éxito de este modelo, aunado al crecimiento de las ciudades y su contraparte, la depresión de la economía rural, terminó por hacer de los sindicatos urbanos la piedra fundamental del sistema. La CTM, los grandes sindicatos nacionales de industria —petrolero, de electricistas, ferrocarrilero, minero, de telefonistas— más los sindicatos de trabajado-

res del Estado —en especial el de maestros— se convirtieron en el alma del partido oficial y garantes de la paz social. El llamado sector popular, y al que algunos analistas llegaron a considerar el sector más importante del PRI, terminó por quedar en un plano secundario frente a la fuerza numérica, el poder económico y la capacidad de acción y disciplina de la CTM en particular, y del Congreso del Trabajo en general.

Vistos en perspectiva, los años setenta fueron los años dorados del movimien-

to sindical afiliado al PRI. El Presidente Echeverría quiso ponerle ciertos límites a su poder, pero Fidel Velázquez terminó por hacer prevalecer sus reglas —más supo Fidel por viejo y por diablo que un presidente también diablo, pero no viejo—; la situación ya no cambió gran cosa bajo López Portillo... pero llegó la crisis.

En esa crisis económica iniciada en 1982 y que continúa hasta el día de hoy, muchos sectores sociales han salido perdiendo, y uno de ellos es, sin duda, el de los asalariados, incluidos los sindicalizados. El gobierno decidió tratar de aminorar la inflación —sin mucho éxito— controlando no los precios sino los salarios, cuya pérdida de poder adquisitivo entre 1982 y 1986 es, en términos generales y según los expertos, del 40%. La posición estratégica de los sindicatos dentro de la estructura política oficial no les sirvió de gran cosa frente a la abierta decisión del gobierno de hacerles pagar también a ellos uno de los costos altos en la lucha contra la crisis. Desgraciadamente esta lucha no ha tenido el éxito que se esperaba, y por ello el pago se ha prolongado, sin que se vea cuándo habrá de concluir. Y esto no es lo peor, sino que todo hace suponer que cuando la crisis se supere —suponemos que algún día ocurrirá eso—, los sindicatos quizá ya no podrán volver a ocupar el lugar privilegiado que tuvieron.

★

ES claro que el proyecto de reconversión de la economía, cuyos cimientos pretende dejar sentados Miguel de la Madrid, no puede aceptar el tipo tradicional de sindicalismo. Para que México pueda competir con éxito en el mercado mundial se requiere, entre otras cosas, que el sindicalismo no sea un factor que, por la vía de la defensa real de los derechos de sus agremiados o por la vía de la corrupción, permita y solape ineficiencias e improductividades económicas. Un ejemplo del futuro lo es, quizá, la industria maquiladora en la frontera. Esta industria ha crecido con enorme rapidez, pese a —y por— la crisis. Pero en ella casi no se ha dejado entrar a los sindicatos aliados del gobierno —ni a ningún otro—, pues tanto éste como aquellos saben bien que de imperar en las maquiladoras las formas tradicio-

El Futuro . - ¿Qué Hacer con los Sindicatos?

Sigue de la página siete

nales de relación obrero-patronal, esas industrias, que casi no tienen inversión en maquinaria y equipo, se irían sin mayor problema a otra parte, es decir con nuestros competidores.

Ahora bien, los golpes que el gobierno les ha dado a sus aliados del sector obrero han caído, como era de esperar, más sobre unos que sobre otros. Así, a los electricistas y telefonistas simplemente les negó el derecho de ir a la huelga mediante la requisa. Pero en cambio a los petroleros —ejemplo claro de la no renovación moral— se les ha tratado con gran deferencia. La salida de Beteta —personaje poco grato a

los ojos de los líderes petroleros— de la dirección de Pemex, así como los arreglos que el nuevo director pactó con el sindicato —todos ellos favorables al sindicato— muestran claramente que en la industria petrolera las viejas reglas siguen imperando. La razón es sencilla: el gobierno teme a la capacidad de represalia del sindicato en una industria de la que hoy depende, como pocas veces, el gobierno. Sin embargo, no hay muchos otros sindicatos que tengan esa importancia estratégica ni tanto dinero en sus arcas. Así pues, el Sindicato Revolucionario de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana es la excepción, pero casi todos los demás están destinados a que en ellos se cumpla la regla general: pagar la crisis ahora y perder importancia en lo futuro.

Suponiendo que este aná-

lisis no esté errado, entonces surge la pregunta: si los sindicatos van a perder poder en el México del futuro, ¿cuál será entonces la gran piedra sobre la cual el partido oficial —que insiste en seguir siendo tan

dominante como antaño, digan lo que digan los electores— finque su capacidad de control con la solidez del pasado?, ¿qué nuevo sector social podrá llenar el vacío que dejen los sindicatos? Desde luego que no

pueden ser los campesinos, y la burocracia por sí misma no puede garantizar la solidez del gobierno; ¿será la clase media ahora tan resentida con sus autoridades?, ¿la gran burguesía? (¿cuál burguesía?. En cual-

quier caso, tiene que ser alguien o de lo contrario no quedará más que llenar el hueco con autoritarismo, puro y simple, y a la larga eso no puede funcionar ni debe funcionar.